

El averiado sistema migratorio necesita una reforma

Arzobispo Timothy M. Dolan

Arzobispo
Timothy M. Dolan

El Herald de Esperanza es una columna semanal que inició el ex-Arzobispo de Milwaukee Rembert G. Weakland en el *Herald Católico* y es escrito por los Obispos de la Arquidiócesis de Milwaukee.

Por alguna razón, la plegaria de los inmigrantes y refugiados de Los Estados Unidos está mucho más presente en mi mente durante estos días.

Puede ser que, junto con mis hermanos sacerdotes y diáconos, mujeres y hombres religiosos y muchos fieles laicos, reflexiono en estos días sobre la primera selección en la Oficina de Lecturas de la Liturgia de las Horas, del Libro del Deuteronomio sobre nuestro deber con los “forasteros”, palabra bíblica que se refiere a los inmigrantes y refugiados (así como a la gente de Israel se le recordó que ellos, también, alguna vez fueron “forasteros”).

Tal vez es porque todos los años el 22 de enero nos inspira a luchar contra la “cultura de la muerte” al promover la “cultura de vida”, lo que significa que nos esforzamos por proteger la vida humana, especialmente donde más se amenaza, en el cual estos días precisamente se trata de la vida de nuestros inmigrantes y refugiados. Pienso en las mujeres hispanas que recientemente he conocido, que se encuentran metidas en un problema por su embarazo, en la que la vida de su bebé que va a nacer está en juego, temerosas de ir a la clínica por miedo a que su situación ilegal aquí sea descubierta y sean deportadas. Sí, esto es un tema en “pro a la vida”.

Pudiera ser que me siento atormentado por las inquietudes de nuestros inmigrantes y refugiados ya que he estado leyendo las preocupantes declaraciones del Papa Benedicto XVI referente a ellos y de muchos otros de mis hermanos obispos.

Una vez más, este tema está sonando mucho en las noticias, con la legislación propuesta en el Congreso para “reformular” nuestra ley migratoria, la cual ha generado mucha controversia y temor.

Estoy probablemente preocupado por la vulnerabilidad de nuestros inmigrantes y refugiados porque me los encuentro en todos lados a donde voy en nuestra arquidiócesis: hombres, mujeres y niños, tan agradecidos por estar en Estados Unidos, que en la búsqueda de encontrar aquí un hogar, deseosos de trabajar, se establecen y forman parte de una nación que tradicionalmente ha acogido y adoptado al inmigrante.

Pero entonces, ellos lloran al susurrarme, y hasta con mi más básico español puedo entender la angustia mientras me cuentan de sus esposas y bebés que siguen en México, o

de su temor de ser regresados, o de su gratitud a Caridades Católicas por ayudarles a obtener su “green card” o de su cariño por los sacerdotes, hermanas, trabajadores pastorales o hermanos y hermanas feligreses quienes los han acogido y ayudado a establecerse (todas esas acciones que ahora pueden ser consideradas un crimen por algunas de las leyes propuestas).

Y yo me pregunto, muy en el fondo, estoy preocupado por ellos porque los abuelos de mis abuelos eran “gente del mar”. Ellos eran refugiados de Irlanda por el hambre y la pobreza, y llegaron aquí con ilusión. Ellos también enfrentaron prejuicios, intolerancia y hostigamiento, pero su esperanza por la promesa de América nunca se apagó.

El Sureste de Wisconsin y esta arquidiócesis han sido por décadas un santuario para los buscadores – de Irlanda, sí..., pero también de Alemania, Eslovaquia, Polonia, Italia, Lituania, Croacia, Luxemburgo, Bohemia – y hoy en día de México, Vietnam, Laos, Indonesia, Centroamérica, el Caribe, Sudamérica, Asia – y les debemos dar una bienvenida, una oportunidad, un nuevo comienzo, un nuevo hogar. Les debemos dar respeto y amor, como seres humanos, como cristianos y como americanos.

Sí, yo sé que debemos proteger nuestras fronteras, especialmente en una época de reales amenazas a nuestra seguridad; sí, yo entiendo que deben haber leyes para controlar el flujo de inmigrantes a nuestro país; sí, acepto que algunos de los inmigrantes – muy pocos por ridículo que parezca – no son vecinos muy respetables; sí, también reconozco que necesitamos una reforma de inmigración, y que debemos rezar por nuestros gobernantes electos que tendrán la responsabilidad de crearla.

Pero una ley que haría que los inmigrantes indocumentados fueran criminales; que eliminaría los debidos procesos de protección al refugiado, incluyendo niños; que permitiría la detención de familias a lo largo de nuestras fronteras, y que condenaría a los que realizan labores humanitarias – incluyendo a los empleados de las iglesias – a cinco años de prisión simplemente por ayudar a inmigrantes indocumentados, es sencillamente inhumana, anti-americana e inmoral.

Estoy muy contento de que nuestros líderes políticos tengan el propósito de reparar nuestro averiado sistema migratorio, pero necesitamos una reforma y no simplemente mayor aplicación de leyes drásticas. Esta prometedora reforma – como la obtención de la legalización, el programa de trabajadores temporales y la reducción de los tiempos de respuesta para la obtención de visas familiares – será de gran beneficio.

La exclusión, el rencor, la intolerancia y el abuso no tienen cabida en este país donde cada ciudadano – salvo los americanos nativos – es inmigrante o descienden de alguno.

Así como nos lo recuerda la Biblia “...pues forasteros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto”.